Cambio

Mauricio Rosales Zamorano

Image not found.

Capítulo 1

Knock! Knock!,

Se escuchó en el frontis de la casa de Camila. Ya había anochecido y no andaba ninguna alma en la calle, pero ahí estaba Andrea, golpeando la dura puerta de madera.

Knock! Knock!

El timbre se había descompuesto hace bastante tiempo y no había motivo para que fuese arreglado. Ella no había dado previo aviso de su visita, por lo que ya temía que no la fueran a recibir –quizás no haya nadie- dijo para sí misma, algo nerviosa –quizás si golpeo la puerta más fuerte. *KNOCK! KNOCK!*

Todo parecía inútil y Andrea ya se resignaba a la idea de irse, después de todo tampoco tenía mucha claridad de porqué estaba ahí, todo parecía solo un impulso. La joven comenzaba a darse vuelta para volver a su casa, cuando la puerta se abrió y dejo escapar una suave voz que la invitaba a pasar, seductora, casi hipnótica, no se dio cuenta y ya estaba adentro con la puerta cerrada tras de sí.

Ya dentro, se encontró en un pasillo muy amplio y prolongado. A medida que comenzaba a cruzarlo, notó como a los costados de este, estaba repleto de plantas en diferentes y vistosos maceteros. Paso a paso se sorprendía de la extensión de aquel hogar – por fuera no se veía tan grande- dijo la joven procurando usar su voz más suave, ya que temía la presencia del eco. El lugar le daba escalofríos, pero no terror, el diseño del pasillo era muy alegre para aquello; Lo que ella en verdad sentía era curiosidad.

El pasillo terminaba dando lugar a una sala de estar bastante grande, gigante a sus ojos que lo comparaban con el de su propio hogar. Había a un rincón un sillón largo y verde, para tres personas y frente a este, a unos pasos más lejos dos sillones individuales todos del mismo color. Esto era lo que más observaba mientras sus piernas temblaban; quería sentarse, cosa que no hizo, hasta que una voz en su mente la convenció de hacerlo. Ya sentada en el cómodo sillón verde, fue cuando la divisó. Camila se veía hermosa e imponente con su metro ochenta de estatura, ojos verdes como el jade, cabello negro y rizado hasta los hombros, su rostro era joven y pálido como siempre.

Andrea seguía sin recordar porqué la visitaba tan tarde y a pesar del clima, necesitaba una excusa pues no la tenía. De pronto, ver a Camila se convirtió en razón suficiente para haber cruzado media ciudad lluviosa. Fue ahí cuando la joven recordó su estado actual, su ropa mojada y como

estas goteaban en el sofá y en el piso.

-No te preocupes por el sillón- dijo Camila interrumpiendo el pensamiento de su ahora visita – se puede secar, no me preocupa que se resfrié, en cambio tu sí. Por favor ponte cómoda mientras traigo una bata y una taza de café para el frío- dicho aquello Camila se dio media vuelta y desapareció entre los abalorios de una puerta a su derecha.

Andrea comenzaba a sentir frío por primera vez esa noche, sabía que debía quitarse su ropa, pero la vergüenza la detenía. "Solo hazlo" oía en su cabeza, sin tener claridad de porqué su mente sonaba más relajada que sí misma. "Solo hazlo" volvía a oír – está bien- dijo para sí con voz suave. Comenzó por sacarse el gorro tejido, dejando escapar libre su seco y corto cabello pelirrojo. Lo dejo en el piso a su lado, para luego proseguir con su abrigo burdeo, su suéter y botas para la lluvia. Luego de ir apilando la ropa una sobre otra, con excepción de las botas que dejó al lado de estas, continuó con su polera verde, sus jeans y sus calcetines que hacían juego con la polera. Fue ahí cuando notó que su ropa interior también se encontraba mojada, "si me hubiera desvestido antes, quizás no tendría que sacarme todo" pensó avergonzada mientras esperaba que no llegara Camila para encontrarla llena de vergüenza y escalofríos. Sabía que ya no era momento de detenerse, sentía frío en su piel, pero a la vez un fuerte calor dentro de sí misma. Entre tanto pensamiento y sensaciones, solo se dio cuenta que ya estaba semidesnuda cuando el sostén cayó sobre el resto de su ropa. Fue entonces cuando entr sin emitir ningún sonido Camila, con una bata blanca en su mano izquierda y una copa de vino tinto en la derecha – ya no quedaba café, espero te guste el vino, te quitará el frío tanto o más que un café.

-Muchas gracias- dijo Andrea tomando la bata mientras trataba de actuar lo más natural posible, deseando que su amable anfitriona no notara su erizada piel así como también el cómo sus pezones perdían su cotidiana suavidad.

Se puso la bata y la cerró, luego con su mano izquierda tomó la copa y bebió un sorbo que le calentó la garganta y luego su pecho, sintiendo como su piel dejaba de erizarse. Dejó la copa a un lado de su ropa mojada, se armó de valor y deslizó su calzón por sus piernas, levantando lo menos posible la bata. Dejó al fin su última prenda con el resto y ya casi no sentía frío ni vergüenza, más bien estaba cada vez más relajada, "será el vino" pensó mientras se sentaba en el sofá contínuo al que estaba, Camila la observaba con tranquilidad y se acercó solamente para tomar la ropa mojada y llevársela al baño, en la misma dirección en la que antes se había marchado. Ya sentada muy cómoda bebió otro sorbo de vino, hasta que ya no pudo sentir ninguna gota en sus labios. En ese preciso instante Camila regresó con su propia copa en la mano y una botella descorchada en la otra, con la cual volvió a llenar la copa de su

huésped.

-Veo que te gustó-

-Sí, está muy sabroso y cálido. Gracias-

-Me alegro se te quitara el frío, así ya no te resfriaras-

Era una conversación de lo más normal, pero Andrea devoraba cada palabra, como si nunca las hubiese oído, temía que el vino se le fuera a la cabeza, pero más le asustaba admitir que era Camila y solo ella quien la ponía así. Las horas pasaron como minutos y la primera botella de vino ya había quedado atrás, ya estaban en la tercera cuando Camila le hizo la pregunta que ella más temía.

-Y dime amiga, hemos pasado un rato conversando y aun no te he preguntado, ¿a qué debo el placer de tu visita?

-Pues la verdad, no lo sé- respondió con toda sinceridad Andrea, quien ya no tenía motivos para ocultar nada- he venido a verte, es lo único que sé, solo espero que mi visita nocturna, no sea una molestia-

-Jejeje, no te preocupes, estoy disfrutando de tu compañía. La verdad es que hace mucho tiempo que no tengo visitas- dijo Camila pensativa mientras bebía de su copa.

Entre sonrisas, miradas y sorbos de vino, Andrea notó por primera vez en la noche, que su bella anfitriona no había parado de beber en ningún momento, pero tampoco la había visto servirse de la botella de la cual ella bebía, su trago se veía más oscuro que el de ella, quizás más espeso, pero en verdad no sabía qué pensar al respecto y entre tanta diversión parecía solo un detalle efímero. Sus pensamientos iban de un lado a otro, todos relacionados con Camila, no podía evitarla, así como tampoco podía evitar recordar como desde el comienzo de la semana ya pensaba en ella. No eran solo pensamientos, todo a su alrededor le hacía recordarla, incluso en algunos momentos creyó oír su voz y como si eso no fuera poco, creía haberla visto cuando caminaba de la universidad a su hogar y viceversa. Era como si siempre estuviese ahí.

Una música de lo más acogedora comenzó a salir de lo alto de la sala de estar, unos parlantes sobre unos estantes llenos de libros parecían ser la fuente de la música.

-¿Bailas?- preguntó Camila

-Sí, pero esa no es música como para bailar y no sé si bailaría ahora-

-y, ¿qué tal ahora?- con un chasquido en alto de su mano izquierda, la música cambió y subió de intensidad convirtiéndose en lo que parecía ser un tango.

-La verdad no sé, nunca he bailado esta música y no me siento muy cómoda bailando con esta bata.

-Pues si no estás cómoda, te la puedes quitar- dijo Camila con una sonrisa de lo más pícara, pero a la vez llena de simpatía, o al menos eso pensó Andrea. –Es broma, solo toma mi mano, yo te guiaré.

-Está bien- exclamó Andrea tratando de ocultar el nerviosismo que emanaba de su rostro y cuerpo. Estiró su mano y sintió la suave y algo fría mano de su compañera de baile, luego pudo sentir como esta apoyaba su mano izquierda sobre su cintura recubierta por la bata, lo que no fue impedimento para sentir la fuerza de Camila.

Ya tomadas de las manos comenzaron a moverse al compás de la música. Andrea algo torpe; pero guiada por Camila, que parecía una experimentada bailarina, comenzaba lentamente a perder la rigidez en sus piernas. Sin darse cuenta ya llevaba el ritmo de mejor manera en sus piernas, como si bailara hace años, manejaba las vueltas más complejas y se dejaba abrazar y apegarse a Camila como si nada. Podía sentir el cuerpo de ella junto al propio como uno solo, al ritmo de esa música que parecía tan encantadora. La pierna de Camila se aventuraba entre las de Andrea, sin mayor restricción, era un baile de lo más coordinado y sensual, entre vuelta y vuelta Andrea comenzaba a sentirse mareada y a perder el equilibrio, pero las firmes manos de Camila la mantenían a flote.

La joven ya se sentía desfallecer cuando la música paró y se dio cuenta que su rostro estaba a pocos centímetros del suyo, fue ahí cuando escuchó nuevamente la voz en su mente “solo hazlo”, pero esta vez solo con una exclamación basto. El beso fue prolongado y lleno de pasión, Andrea pudo sentir como la mano que antes estaba en su cintura, ahora acariciaba su cabello, así como también creyó sentir por primera vez en la noche algo de calor en los labios de su anfitriona, pero este desapareció luego de unos segundos. Los brazos de Camila comenzaron a recorrer el cuerpo de Andrea sobre su bata, hasta llegar al punto que deseaba y levantarla con sus brazos.

-Vamos, te llevaré a mi alcoba-

-Sí, solo no me dejes caer, a menos que sea en tu cama o sobre ti.

Camila la cargaba por el pasillo opuesto, por el cual Andrea había llegado horas atrás. Este era muy parecido al anterior, solo que en vez de muchas flores y maceteros, estaba repleto de cuadros y esculturas antiguas, de

épocas pasadas. A medida que avanzaban Camila la besaba con pasión, lo que convertía ese viaje a la alcoba en algo que Andrea deseaba nunca tuviera fin. Cada beso era una razón para cerrar los ojos e imaginar la alcoba, la cama y el cuerpo desnudo de la mujer que la cargaba, esta última idea la hizo sentir algo incomoda, no por lo imaginado sino porque volvieron a ella por unos segundos sus propias inseguridades.

-Eres hermosa- le dijo Camila entre besos, cerca de sus labios, cortando la reflexión y respiración de Andrea.

-no, tú lo eres, tanto o más como el arte que nos rodea.

La mayoría de los cuadros y bustos eran de una joven mujer, sola o bien acompañada de algún hombre o mujer y en algunos casos lo que parecía ser su familia, todo pintado con mucho detalle y talento, con su propio estilo y colores. Andrea por desgracia no podía apreciar en detalle aquello, ya que cada vez que trataba de ver algo, que no fueran los ojos de Camila, está la besaba. Después de ese último beso llegaron a la alcoba. Esta era inmensa y espaciosa con un techo muy alto, tenía pocos muebles lo que la hacía verse aún más espaciosa y sencilla. Los únicos muebles que se veían era la cama de dos plazas con su cubrecama verde y una gran almohada también verde, pero de un tono más claro, a la derecha de esta había un velador prácticamente vacío de no ser por un libro sobre este. Frente a la cama se encontraba el escritorio para trabajar y maquillarse, solo que con la particularidad que donde debía haber un espejo no había nada y estaba el closet frente a la entrada de la habitación y a la izquierda del velador solo que pegado a la pared.

Camila se acercó a la cama por el lado derecho sin velador y depositó suavemente a Andrea en la cama, la cual sintió por un lado lo acolchado de esta y por otro el calor en su cuerpo, el cual ya no pudo soportar y abrió su bata como un inútil intento de refrescarse. Sin importarle que Camila la observara comenzó a recorrer su cuerpo con su mano izquierda, comenzando por su suave pecho, siguiendo por su busto en el cual se detuvo para apreciar el contraste entre la suavidad de este y la dureza de su pezón. Su mano derecha continúo el camino por su rizado monte de Venus, hasta llegar a su entrepierna, la fuente de todo su calor. Andrea pensaba en sus aventuras pasadas tanto con hombres como mujeres, mientras sentía su cuerpo, pero lo que le provocaba Camila en ese momento, era algo nuevo, casi como un embrujo de placer, esta no hacía nada más que observarla y el fuego en Andrea aumentaba, fue ahí cuando esta levanto su mirada como recordando que no estaba sola y vio a Camila mirándola con sus hermosos ojos y no pudo evitar bajar la mirada por la intensidad de aquella mirada, y pudo apreciar que Camila ya no tenía puesto el abrigo negro que la caracterizó durante toda la noche, así como tampoco había nada que ocultara su cuerpo, de la ahora devorante mirada de Andrea, quien mientras la observaba pensaba que si vestida ya era hermosa, desnuda era una diosa, de pechos pequeños pero con una

bella forma semicircular y un cuerpo lampiño que por un segundo, la hizo sentir avergonzada por el contraste, su piel se veía muy clara y tersa, sin arrugas ni estrías, nada; en verdad era perfecta.

-¿Te molesta si me uno?

Andrea salió de la hipnosis que le provocaba tal hermoso cuerpo y noto que sus manos seguían moviéndose donde las había dejado, como si tuvieran vida propia.

-No, ven lamento haber comenzado sin ti- dijo mientras que con toda su fuerza de voluntad detuvo sus manos y se sentó a la orilla de la cama.

Fue allí cuando Camila se acercó a ella y se agacho grácilmente para besarla en los labios, acto seguido la tomó de los hombros y la acostó en la cama, con ella encima, procurando besarla y conocer su cuerpo plenamente con sus manos, mientras que bajo ella Andrea correspondía a todos sus besos y caricias, así como también ella recorría el cuerpo de su amante hasta donde sus brazos se lo permitían. Levantó sus piernas para inclinarse más adentro de la cama con Camila y sintió como esta tocó su entrepierna, por lo que comenzó lentamente a moverla para acariciarla.

El placer se prolongó durante horas, o al menos eso le pareció a Andrea, quien sentía que ya no podría con tanto placer, pero más temía que Camila se detuviera. Los besos de esta no perdían intensidad, parecía que nunca se acabarían o eso pensaba al menos. Ahora sentía como su amante desviaba sus besos hasta su muslo derecho, donde sintió que los labios de esta se abrían y le procuraban una fuerte pero placentera mordida, que liberó un hilo de sangre. Andrea casi no sintió el mordisco, por lo que no noto la sangre que emanó de ella y que ahora ya no estaba.

-Ahora te toca- dijo Camila quien luego de besarla, le puso su brazo derecho en la boca y la miro desafiante.

Andrea llena de pasión no lo dudo por ningún segundo y la mordió hasta sentir emanar la sangre del brazo de Camila, pensaba en escupirla cuando sintió un sabor totalmente diferente a lo que ella, recordaba era el gusto de su propia sangre, que no probaba desde que era pequeña y se había rasmillado las rodillas, pero esta no era nada como aquella, extrañamente sintió que era dulce y la tragó con todo placer.

Un sueño profundo comenzó a apoderarse de Andrea, mientras abrazaba a Camila y la miraba con los ojos más satisfechos que pudo tener.

-Creo que estoy exhausta, temo que en cualquier momento me dormiré- dijo entre bostezos – no te lo tomes a mal, creo que fue demasiado por

una noche

-tranquila, es de lo más normal no te preocupes. Tienes razón, ha sido suficiente por esta noche y desde mañana todo será diferente- susurró en el oído de la joven que ya dormía entre sus brazos.